



EPHRAIM GEORGE SQUIER EL ARQUEÓLOGO

JORGE EDUARDO ARELLANO

EPHRAIM GEORGE SQUIER (1821–1888), Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Nicaragua del 2 de abril de 1849 al 13 de septiembre de 1850, era —en el fondo— un hombre de ciencia que se anticipó en la obra de comprensión entre los países americanos del Norte y del Sur. Nacido y criado en el Estado de Nueva York, de padre norteamericano y madre alemana (cuyo apellido era Külmer), tuvo desde su juventud un cabal interés exploratorio por las antiguas ruinas del continente. Inició esa labor cuando vivió dos años en Ohio, desempeñándose como Oficial Mayor de la Legislatura de Estado. Allí exploró los *mound builders* (“constructores de túmulos”) dejados por los indios de los Estados Unidos. Su reseña de este trabajo fue publicado por el Instituto Smithsonian en 1848. Al año siguiente, en otra investigación suya, el libro *Monumentos aborígenes*, daba cuenta de sus otras exploraciones en el Estado de Nueva York.¹

¹ Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano, 1970:26.

Squier, aprovechando el ejercicio diplomático, manifestó su vocación antropológica en nuestro país al descubrir para el mundo científico la hoy llamada *Colección Squier-Zapatera*: una significativa muestra de estatuaria precolombina que ha sido objeto de numerosos estudios y se hallaba, originalmente, en la isla del Gran Lago conocida en idioma náhuatl como *Chomite Tenamitl* (“Muro de piedras”), pero este descubrimiento hay que ubicarlo dentro de un plan más amplio: su valoración, en la mitad del siglo XIX, del tesoro arqueológico nicaragüense. Por eso es necesario establecer que él fue el primero en localizar y describir nuestros petroglifos (grabados en piedra) y numerosas piezas cerámicas.

DESCUBRIDOR DE NUESTROS PETROGLIFOS

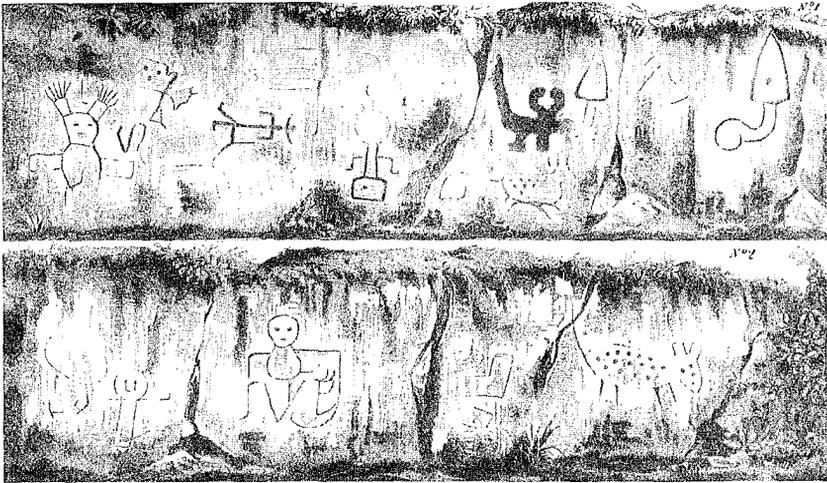
Uno de los primeros correspondió al mural de Cailagua, observado por Squier en el paredón de una cañada, cerca de la laguna de Masaya, tallado —como todos— en bajo-relieve, unos estaban enteros y cubrían con los restantes más de cien metros del paredón. Eran, en su mayoría, representaciones humanas



Embarcadero de Zapatera.

y de animales, con ciertas figuras ornamentales y caprichosas que incluían el sol.² Otro conjunto, esta vez más interesante, era el de la laguna de Asososca, en el cual se destaca una serpiente emplumada. Squier mandó a su compañero James McDonough que la dibujase. Fue grabada en la mitad de una enorme roca volcánica, a unos doce pies del suelo, que baja en declive hacia la laguna, cuya orilla se halla a veinticinco pies de la base de la roca. Y consiste en una pintura rupestre.

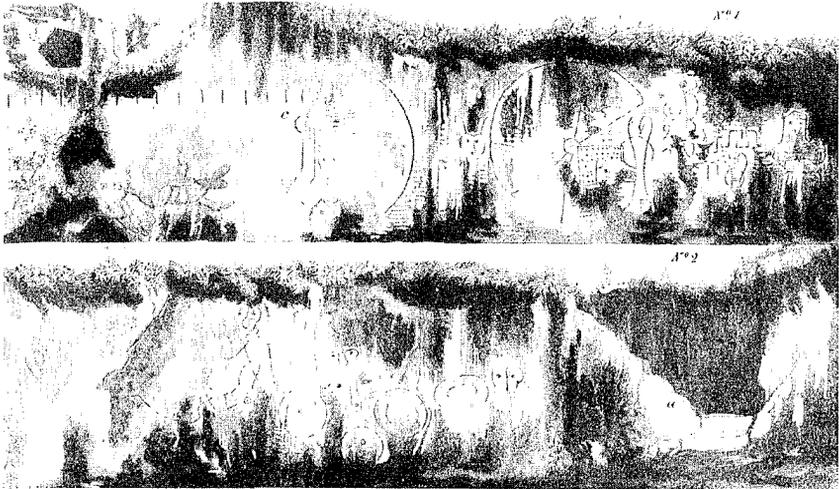
La serpiente se pintó enrollada. Redondeando un espiral, tiene la cabeza erecta en el centro y cuatro grupos de plumas —de tres cada uno, menos el de la cola, trunca, de cuatro— señalando los puntos cardinales. Conservada en buen estado, su pintura roja —la del cuerpo que forma un trazo de cinco centímetros de ancho— ha sido sometida a la acción disolvente del petróleo, de la gasolina y del aguarrás, sin haberla alterado en nada. Evidentemente, esta figuración zoomorfa es una repre-



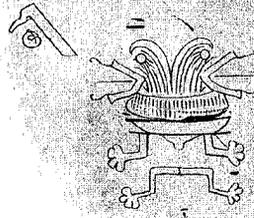
Petroglifos en los farallones de la laguna de Masaya.

² Squier, 1970:355.

sentación de Quetzacóatl y resulta, por ello, un símbolo de la unión entre el cielo y la tierra.³



Petroglifos en los farallones de la laguna de Masaya.



Petroglifos de la laguna de Asososca.

³ Arellano, 1978:5.

“ÍDOLOS” DE SUBTIAVA Y DE MOMOTOMBITO

Sin embargo, la escultura en piedra volcánica (negra, gris o rojiza, basalto o toba) constituyó el fenómeno cultural que más despertó la atención de Squier, atraído sin duda por su riqueza semiótica, artística y antropológica. Así, a finales de 1849, principios y mediados de 1850, registró la existencia de tres “ídolos” en la isleta Penzacola (hoy “la Marota”) cerca de Granada, diecinueve en la Punta de las Figuras —de la isla Zapatera—, cuatro en el barrio de Subtiava en León —tres de ellos desenterrados años atrás por indios al pie del cerro Santiago, sudeste de la ciudad— y dos en la isla Momotombito del lago de Managua. Uno de éstos, de cabeza colosal, se lo llevó a Estados Unidos. “Está esculpido en basalto negro, o *traquita* —describía el estudioso norteamericano dicho ‘ídolo’, al que buscó por haberle llamado la atención otro, plantado en una de las esquinas de la Plaza Mayor de León— de grano muy fino y duro. Sus facciones son de singular severidad; la frente es amplia; la nariz aquilina, los pómulos salientes, tiene la boca abierta y dentro de ella lo que creemos suponer un corazón humano. Sus brazos y piernas apenas se insinúan, pero en cambio los órganos sexuales aparecen claramente.”⁴ Enviado con dos de Subtiava y otros dos de Zapatera a la *Smithsonian Institution* de Washington —donde permaneció por mucho tiempo— se custodia hoy en el *Metropolitan Museum of Art* de Nueva York.

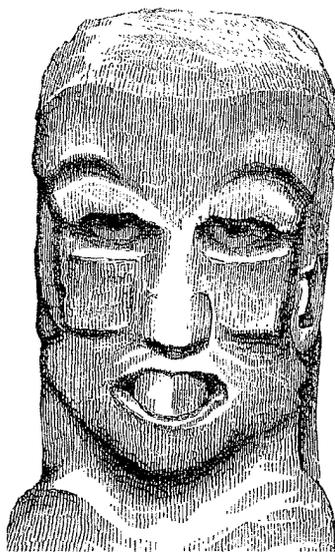
De los cuatro “ídolos” de Subtiava, Squier nos dejó dibujos y descripciones. El primero, fragmentado en una tercera parte, “tenía poco menos de seis pies de alto por dieciocho pulgadas de diámetro...”⁵ y exhibía golpes en el rostro; no obstante, conservaba finamente tallada la espalda. Según él, era el “ídolo” más semejante a los de Copán, Honduras. “Su cara parece salir de las mandíbulas bárbaramente abiertas de un animal salvaje, cuya

⁴ Squier, 1970:244.

⁵ *Ibid.*:246.

cabeza le sirve de algo así como tocado... Sobre su pecho tiene como una lámina o pieza de armadura, y en su brazo derecho sostiene un escudo.” El segundo no difería del anterior en cuanto a tamaño y cara humana que, igualmente, salía de las fauces de un animal monstruoso.

El tercero, de mayor ejecución pero bien desgastado, consistía en una figura femenina sosteniendo una máscara de rostro humano sobre el abdomen. “Quizás los indios —comentaba Squier— querían representar en esa forma una hendidura en el vientre mantenida abierta con las manos, para mostrar alguna figura mitológica abierta allí.”⁶ Y el cuarto, entero, era de piedra arenisca y medía seis pies, cuatro pulgadas. “La cara la tenía algo mutilada, pero el resto de la figura está casi en perfecta condición. Parece tener el pelo en crenchas que desde la frente le corren hacia atrás... Alrededor del cuello tiene un ancho collar, y una pechera circular —o quizás sea un escudo con un esbozo de rostro humano en el centro— le cuelga en frente. En el cinto lleva una especie de faja de la que pende una bolsa o zurroncito... En su extremo inferior tiene una cavidad redonda...,” concluía Squier las descripciones de “sus cuatro ídolos” de Subtiava: un par de guerreros con alter ego, una madre sosteniendo una máscara y otro guerrero.⁷



Ídolo de cabeza colosal.

⁶ Ibid.:247.

⁷ Ibid.:248.



Ídolos de Subtiava: A. vista lateral; B. vista posterior.

LA EXPEDICIÓN A PENZACOLA, ISLETA DE GRANADA

Como dijimos, Squier descubrió las estatuas de Zapatera. Mas antes realizó una visita a la isleta que llamó Penzacola, donde el 2 de diciembre de 1849 fue a identificar unas piedras antiguas, semienterradas y de gran tamaño, cuya existencia le había referido un muchacho marinero. Pedro era su nombre y laboraba, entre otros menesteres que asumía, para un médico norteamericano residente en Granada y amigo de Squier: David Schumek. Con Pedro fueron a Penzacola otros seis marineros y James McDonough, dibujante —también norteamericano— contratado por Squier, siguiendo el ejemplo de su antecesor y coterráneo John L. Stephens con el inglés Frederick Catherwood.

Squier confesó que le parecía extraño el que durante sus indagaciones entre sacerdotes licenciados, es decir, entre los “ciudadanos mejor informados,” nunca oyó decir nada de tales estatuas. “El doctor [aludía a Shulmek] se mostró un poco escéptico, pero la experiencia me ha enseñado que respecto a estas cosas se obtenía más información de los mozos descalzos que de los ensotados curas.”⁸

Esa tarde descubrió en dicha isleta dos bloques de piedra. “Aquí, aquí,” gritaba uno de los miembros de la cuadrilla al advertirlos. “Las partes al descubierto, aunque desgastadas por los signos del tiempo, dejaban ver su fina labor escultórica” anotó Squier, tras mirar los dos bloques. Y continuaba: “Pedimos los machetes a los hombres y no tardamos en remover suficiente tierra para comprobar que los bloques eran efigies grandes y bien proporcionadas, obra de artesanía superior y tamaño mayor que cualquiera de las que habíamos encontrado hasta entonces. El descubrimiento fue en verdad emocionante y los marineros indígenas parecían casi tan entusiasmados como nosotros.”⁹ Sin embargo, tuvo que completar su tarea hasta el día siguiente porque ya declinaba la tarde.

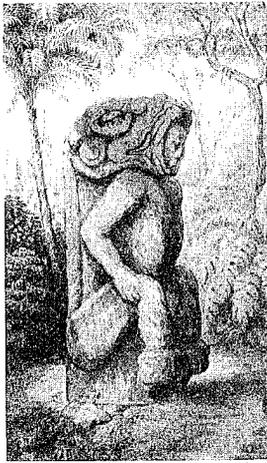
El 3 de diciembre, de regreso en Penzacola, a la salida del sol, Squier logró que sus hombres levantaran el “ídolo” más pequeño y que McDonough lo dibujara. Su texto es el siguiente:

El fresco rocío empapaba las hojas, parloteaban las loras y las olas jugueteaban alegremente con las negras rocas basálticas cuando saltamos por segunda vez a la ribera de Penzacola. Amarramos el bongo, hicimos y tomamos rápidamente el café, y luego los hombres de Pedro se desnudaron e hicieron otros formidables preparativos para desenterrar los ídolos. Mas los tales preparativos resultaron más formidables aún que la propia ejecución de la obra. Empe-

⁸ Ibid.:362.

⁹ Ibid.:367-8.

zaban muy bien, pero mucho antes de exponer completamente a la vista el ídolo que habían comenzado a desenterrar, les ganaba el entusiasmo por salir en busca de otros; bonito pretexto por cierto para escabullirse y estirar las piernas en el chagüite. Hubo un momento en que me dejaron completamente solo; hasta el mismo Pedro se esfumó. Pero los muy granujas corrieron en tropel, cuando eché la voz de que estábamos repartiendo guaro. A fuerza de persuasión y amenazas logramos al fin hacer que desenterraran totalmente el más pequeño de los ídolos... El próximo paso difícil que habíamos de dar era levantarlo; sin embargo, después de mucha providencia, apuntalamientos, soliviaduras y vociferaciones, logramos nuestro propósito recostándolo contra un costado del hoyo que habíamos cavado, en donde quedó de tal modo que el dibujante que me acompañaba [McDonough] pudo hacer su trabajo.¹⁰



Ídolos de Penzacola.

¹⁰ *Ibid.*:364-5.

Para que éste pudiera hacer en paz el dibujo de “Moctezuma” —a quien, según la especulación de los marineros sentados en cuclillas alrededor de él, representaba el “ídolo” recién alzado—, Squier prometió a los citados una gratificación mayor en dinero si hallaban más “ídolos” y los acompañó en el recorrido por toda la isla. Al rato decidió suspender la búsqueda y sentarse en una piedra a observar un ejército de hormigas negras durante más de media hora hasta que, siguiendo su rumbo, averiguó que subían a otra piedra grande y abombada. Pero cedámosle la palabra:

La laja atrajo mi atención, y al observarla más atentamente le noté trazas de escultura. Llamé a los hombres, y después de dos horas de sudar paciencia y calma, conseguí levantar de su lecho de siglos otro ídolo de grandes proporciones, pero completamente distinto de los otros; tiene éste un semblante extraordinario y repulsivo; está roto por su mitad inferior, que no pudimos encontrar; lo que resta de él es sólo el tronco y la cabeza... Tal como estaba —derecho en la fosa— parecía un monstruo gris recién salido de las entrañas de la tierra al potente conjuro del hechicero de una satánica religión. Mis hombres retrocedieron temerosos, y más de uno se santiguó susurrando a su vecino. ¡Ése es el diablo! Allí pude medir el pavor con que debieron haberlo mirado los fieles de la antigua religión, cuando el sanguinario sacerdote le untaba en la larga lengua el todavía palpitante corazón de algún pobre indio.¹¹

A “Moctezuma,” Squier llama Penzacola I; y al “Diablo,” Penzacola II. Sólo faltaba poner de pie el tercer “ídolo,” o Penzacola III, que yacía junto al primero; por eso, escribió:

Era ya bastante más de medio día cuando comenzamos a levantar el más grande y mucho más pesado ídolo hasta

¹¹ Ibid.:367-8.

ponerlo de pie. No fue cosa fácil. La piedra, aunque no mide más de nueve pies de altura, tiene una circunferencia de diez, y su peso es excesivo. No éramos sino once hombres en total; Pedro sostenía que era inútil todo intento, que a lo sumo lograríamos voltearlo. A pesar de su opinión yo me resolví a levantarlo, no sólo para examinarlo en esa posición sino también porque tenía la certeza de que la parte inferior dejaría ver, con mayor claridad que la superior, sus finos detalles escultóricos, por no haber estado expuesta a los embates del tiempo. Di a los hombres un portentoso trago que les infundió la correspondiente energía, y después de procurarme otros fuertes puntales y palancas procedimos a incorporar la mole yaciente. Progresábamos lenta y penosamente; el sudor resbalaba a chorros por la lustrosa epidermis de nuestros marineros que, gracias al aguardiente, trabajaban con más ánimo del que yo les suponía... La escultura, derecha ya, era algo majestuoso.¹²

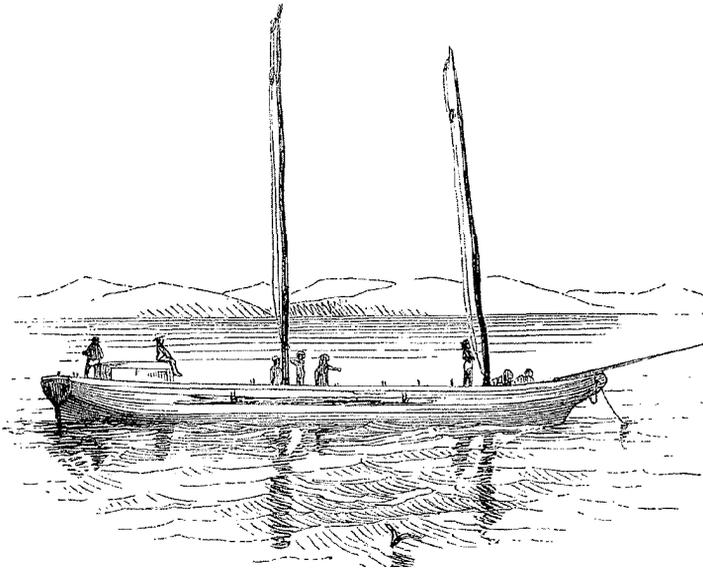
De esta forma se descubrieron los “ídolos” de Penzacola. A poca distancia del “fuertecito” de Granada, la pequeña isla de Penzacola fue conocida más tarde con el nombre de “la Marota” y llegó a pertenecer a la familia Marengo. Es una, pues, de las isletas granadinas; de ahí el error de Thieck que la supone “alrededor de Zapatera” y de otros estudiosos como Lothrop y Antolínez. En cuanto al nombre de Penzacola, afirma Pardinas que se encuentra en todo el continente americano; nosotros, al menos, lo reconocimos en un mapa de los Estados Unidos —ubicado en un salón de la Universidad de Georgetown— sobre un punto sureste de la misma nación.

Ahora bien, estas tres obras de la estatuaria prehispánica nicaragüense fueron las primeras en incorporarse a la colección *Squier-Zapatera*. En cuanto a la expedición de Squier a esta isla —tras haber descrito las estatuas que dejó en Penzacola— tuvo

¹² *Ibid.*: 368–70.

lugar dos días después.¹³ “[McDonough] volvió al día siguiente, o sea el 3 de diciembre, “allá, a terminar sus dibujos; yo, entre tanto, me ocupé en preparar el viaje a la grande y deshabitada isla de Zapatera.”¹⁴ Y luego añade que pasó dos días en esa preparación, pues la ciudad estaba de fiesta —seguramente por la celebración de “La Purísima.” La fecha de su partida a la isla, en resumen, fue el 6 de diciembre de 1849.

Bien aprovisionada, la expedición salió del fuertecito de Granada a las dos de la tarde del 5 de diciembre del año citado llegando a las isletas, llamadas entonces “los Corrales,” al cabo de 4 horas. Así fijó Squier el paisaje que tenía ante sus ojos:



Bongo.

¹³ Ibid.:372.

¹⁴ Ibid.:371.

El agua es allí mansa y cristalina; en las pétreas orillas de las islas, en cambio, las olas cabriolean mordiéndolas con furia como si quisieran irrumpir en la quietud de esos recónditos meandros, esas angostas, frondosas bóvedas verdes, esos frescos y plácidos recodos en que yacen inmóviles las gráciles canoas.¹⁵

Abrigados por la fresca sombra del volcán Mombacho, los tripulantes de “la Carlota” entonaron una canción romántica de moda, mientras remaban con esfuerzo; luego, al caer el sol, arribaron a una de las islas de Manuel, quien recibiría por su trabajo tres reales diarios y era el único de los nicaragienses que conocía la existencia de las estatuas de Zapatera, a las que llamaba “frailes.”¹⁶ La isla se llamaba Santa Rosa y Juan propuso pasar allí la noche porque el viento era demasiado fuerte para arriesgar a “la Carlota” fuera de las isletas.¹⁷

A las 2 de la madrugada del 6, la expedición reanudó el viaje habiendo anclado —dos horas más tarde— cerca de la costa de Zapatera; a continuación, no sin descansar y dormir, siguió hasta la bahía de El Chiquero, en cuya arena fue varado el bongo. Tras moverse fatigosamente durante algunas horas matinales, Squier y sus acompañantes —entre ellos el médico, amigo y paisano suyo— advirtieron el borde de un cráter y la laguna amarilla verdosa, o sulfúrea, de su plan; y, en medio de inmensos árboles, la espesa maleza y los arbustos de un espacioso bancal, que sería llamado Punta de las Figuras, descubrieron algunos grandes e irregulares montículos. En torno a ellos, según Manuel, se hallaban dispersos los “frailes.”¹⁸

Éstos, poco a poco y con la ayuda de unos indios de Ometepe que se juntaron a la cuadrilla inicial —sumando todos veinti-

¹⁵ Ibid.:375.

¹⁶ Ibid.:377

¹⁷ Ibid.:377

¹⁸ Ibid.:381.

cuatro hombres— fueron alzados, menos uno que todavía estaba en pie. La operación duró hasta las cuatro de la tarde, hora en que los “ídolos,” en ese momento diez, ya estaban listos para ser dibujados. “Descubrimos, además, algunos otros después, sumando en total quince en perfecto estado de conservación, fuera de varios fragmentos,” especificó Squier, agregando que los marineros apodaron a dos de ellos, respectivamente, “el Conchudo” y “el Ojón.”¹⁹

Tres días estuvieron Squier y sus hombres en Zapatera. Los últimos abrieron una trocha ancha y pareja desde la playa a los montículos, donde trabajaron duramente, animados por el aguardiente que les suministraba el Encargado de Negocios, quien dormía con ellos en “la Carlota.” Desde ahí, con la satisfacción de una gran experiencia, el diplomático contemplaba al anochecer “el pintoresco grupo de semidesnudos y atenazados hombres preparando su comida en torno a los fogones, bajo los árboles, a la mortecina luz crepuscular, o bien reunidos en animada conversación en el centro del bongo que habíamos llevado un poco afuera para pasar la noche.”²⁰

Así describió a este grupo casi anónimo que, sin saber su verdadera importancia, colaboró en el descubrimiento de las estatuas de Zapatera, entonces soterradas en la selva. A éstas, incluyendo dos que se llevó a Estados Unidos, Squier las describía después de su permanencia en la isla que fue para él, según dejaría escrito, como un sueño.²¹

DIVULGACIÓN DE SUS HALLAZGOS EN EUROPA Y ESTADOS UNIDOS

Antes de cumplir un año de haber llegado a Zapatera, Squier divulgó el hallazgo de sus “ídolos” en tres publicaciones periódicas.

19 Ibid.:384-385 y 397.

20 Ibid.:397.

21 Ibid.

cas de temas americanistas: una de Europa y tres de Estados Unidos. Hablamos del *Bulletin* de la Sociedad Geográfica de París, en cuyo volumen trigésimo y décimo catorce, correspondiente a 1850, apareció su informe “Decouverte d’anciens monuments sur les îles du Lac de Nicaragua”; del *Annual Report for 1850*, de la *Smithsonian Institution* de Washington, en el que insertó su breve nota de tres páginas: “Monuments from Nicaragua”; y de *Transactions*, órgano de la *American Ethnological Society*, de Nueva York, cuyo volumen 3, número 1, recogió en sesenta páginas su trabajo “Observations on the Archaeology and Ethnology of Nicaragua,” muchas de ellas sobre parte de lo que hoy conocemos como la *Colección Squier-Zapatera*.²²

Un cuarto trabajo de Squier, “Ancient Monuments in the islands of Lake Nicaragua,” había circulado a principios de 1850, cuando aún no retornaba a su país, en el *Supplement to the Literary World* (9 de marzo 1850). Dicho texto era esencialmente divulgativo y fue el primero que difundió en los Estados Unidos; pero más completo resultaría el ya citado “Observations on the Archaeology and Ethnology of Nicaragua,” en el cual describió tan detalladamente como pudo las estatuas que había encontrado reproduciendo dibujos de las mismas [Cfr. Charles L. Stansifer: *Ephraim George Squier. Diversos aspectos de su carrera en Centroamérica*. Traducción de Orlando Cuadra Downing. Libro del Mes de *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, no. 98, noviembre 1968, p. 49].

El contenido esencial de este texto había pasado a enriquecer la edición en dos tomos de su *Nicaragua; its people, scenery, monuments* (New York, D. Appleton & Co., 1875) del historiador Hubert Howe Bancroft. Éste no sólo condensó las noticias de Squier, y reprodujo sus dibujos; también recogió las notas de sus coetáneos Carl Scherzer y Frederick Boyle quienes, motivados por la lectura de la misma obra de Squier, las habían expresado en sus respectivos libros: *Travels in the free states of Central Ame-*

22 Arellano, 1979.

rica: *Nicaragua, Honduras and San Salvador*. [sic] (London, 1857) y *A ride across the continent, personal narrative of wandering through Nicaragua and Costa Rica* (London, 1866). [Hubert Howe Bancroft: *The native races of the Pacific States of North America*. Vol. iv, New York, D. Appleton & Co., 1875, pp. 47-48. En la nota al pie de esta última página recoge Bancroft una elogiosa opinión de Brasseur da Bourbourg; y en la página 47 otra de un Hollnski, autor del libro en francés *La California*, en cuya página 252 se repite una observación de Squier.]

LA ESTATUARIA DE ZAPATERA VISTA POR SQUIER

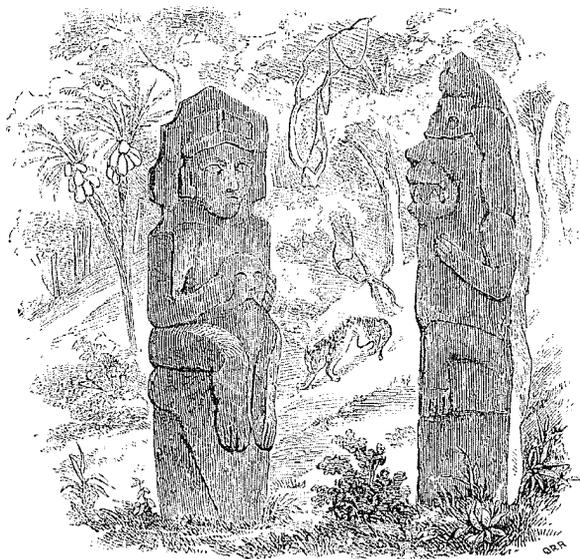
Aparte de sus descripciones precisas, Squier señaló algunas características fundamentales de las estatuas de Zapatera, o Punta de las Figuras. En primer lugar, el material: basalto negro o negruzco. “Esta piedra —sostuvo— posee una dureza tal que no puede ser tallada ni con las mejores herramientas de hoy.”²³ Luego, la sobriedad estilística, tema desarrollado por Pablo Antonio Cuadra en su conocido *Breve estudio sobre el arte primitivo de Nicaragua*.²⁴ Al compararlas con las de Copán, Squier observó que las muestras eran más pequeñas y no tenían el profuso revestimiento ornamental de aquéllas. “Estas son sencillas, ponderadas y austeras —afirmó—, y aun cuando no sean intachables, fueron esculpidas con harto desenvoltura y destreza. No se pretendió emperifollarlas.”

Con relación al origen etnológico de las estatuas, Charles L. Stansifer —quien, en una disertación, siguió los pasos de Squier en Centroamérica— ha señalado la prudencia de éste en cuanto a sus declaraciones sobre este punto. En realidad, no se inclinaba por ningún pueblo específico. La experiencia del diplomático extranjero en Nicaragua engendró unos informes exagerados de los diarios *New Orleans Crescent*, *New Orleans Price-*

²³ Squier, 1970:365.

²⁴ Cuadra, 1967:51-9.

Current y New Orleans Delta (del 21 de octubre, 29 del mismo mes y 5 de noviembre de 1849 respectivamente) en el sentido de que había descubierto “una antigua ciudad, perdida en la selva... que sobrepasaba las maravillas arquitectónicas de Palenque.”²⁵ Pero Squier los pasó por alto. Recordemos que, para esas fechas, aún no había ido a Penzacola o “la Marota” ni a Zapatera, aunque ya tenía noticias de sus vestigios artísticos.



Ídolos de Zapatera.

Lo que hizo fue detallar su descubrimiento a John R. Barlett, quien leyó párrafos de su carta ante la Sociedad Histórica de Nueva Orleans y la Sociedad Etnológica Americana. Sin embargo, Squier no alardeaba desmesuradamente acerca de las estatuas o del sitio de donde procedían. Ni siquiera intentó analizar las piezas en su obra *Nicaragua; its people, scenery, monuments*, pu-

²⁵ Stansifer, 1968:49.

blicado pocos años después. Apenas dijo que los montículos de Zapatera “eran como los de México” y que la figura zoomorfa de una de las estatuas dobles de la Punta de las Figuras tenía una similitud con ciertas cabezas simbólicas del ritual mexicano. De esta forma insistió en poder identificar “todos estos ídolos... con las deidades del panteón azteca...”

Por los trabajos recientes, ya sabemos que no andaba despedido. Remitimos al lector la investigación *Los dioses vencidos de Zapatera: mitos y realidades*, de Clemente Guido Martínez, que le dan más que suficiente razón a Squier. Éste, por lo demás, como él mismo lo narra, constató entre los marineros que le acompañaron a Zapatera una vaga noción mítica, pues ellos creyeron ver representado a “Montezuma” en la estatua descubierta en Penzacola. “Al igual que los pecos de México —añade— algunos naturales de Nicaragua mantienen aún la creencia de que Montezuma habrá de volver un día a restaurar su imperio.”²⁶ Ya vimos que Squier fue cauteloso en la interpretación de las estatuas, a las que relacionaba con las deidades del panteón azteca. Por tanto, no fue más allá de esa relación. Pero su imaginación lo condujo a cometer un error: atribuir al capitán español Gil González Dávila la posibilidad de haber derribado las tres estatuas de Penzacola. Basta recordar que en el derrotero del conquistador no se encontraron las isletas, llegando apenas a los dominios del cacique Diriangén, aproximadamente entre Nandaime y Dirirá.

Al final Squier dejó un testimonio acerca de otro “ídolo” al que llamó “la Piedra de la Boca,” hoy conocido como “la Piedra Bocona.” Sobriamente esculpido, medía un metro aproximadamente de altura y se hallaba semienterrado en una esquina de las calles que iban hacia el barrio de Jalteva en Granada. Un marinero curioso lo había llevado allí —añadió—. Actualmente, se halla empotrado a la derecha de una esquina achafalnada, en el mismo sitio donde le encontró Squier.

²⁶ Squier, 1970:364.

SQUIER EN EL PERÚ

Poco se conoce acerca de la estadía peruana de Squier en 1863. Para entonces, sus estudios sobre la América Central eran imprescindibles fuentes de consulta; pero el esfuerzo, calificable de supremo, había sido agobiador al punto de comprometer seriamente su salud y estar amenazado de ceguera. A finales de 1860, la prescripción médica de absoluto reposo mental y físico interrumpió sus trabajos centroamericanistas. Al cabo de dos años, sin embargo, reanudó algunas actividades. Una fue la misión específica que el Departamento de Estado le encargó: arreglar conflictos internacionales de su expansivo país en América del Sur, o más bien, en el Perú.

Squier había elegido, de exprofeso, un país afín a su aptitud vocacional de antropólogo. Había leído con fervor el libro de su admirado amigo William Prescott, *La Conquista del Perú*, editado por esos años y con gran éxito de librería. Además, se sentía ligado emocionalmente a las narraciones del viaje del barón de Humboldt en las regiones meridionales de América. Entonces comenzó a trazar planes para viajar al Perú. Como carecía de patrimonio personal, sólo podía disponer de un cargo diplomático y de algunas retribuciones que obtenía de sus artículos en periódicos.

De esta manera llegó a Lima en el segundo semestre de 1863, consciente de emprender una investigación rigurosa en los campos arqueológicos y etnográficos. Los exploradores, sobre todo Van Tschudi y Karl Scherzer, le habían precedido en su recorrido peruano. Pero no pudo entregarse, de inmediato, a trabajo científico alguno. Antes debía cumplir la misión oficial que le había encomendado su gobierno, la cual llevó a feliz término. El historiador Estuardo Núñez la refiere:

En el Perú se produjeron por esos años serias dificultades entre ciudadanos de los Estados Unidos, que en diversas actividades habría sufrido alegados perjuicios, y el Estado

peruano emplazado a resarcir esos daños. Los reclamantes norteamericanos habían recurrido a su propio gobierno para obtener las indemnizaciones correspondientes, y en tal situación las actividades privadas resultaban generando reclamaciones internacionales. Igual situación alegaban otros comerciantes peruanos respecto al gobierno de los Estados Unidos.

Se hallaban, en primer término, pendientes de solución dos cuestiones: la de los barcos de bandera norteamericana Georgiana y Lizzie Thompson, que en 1857 habían sido requisados, con su carga clandestina de guano, por el caudillo revolucionario General Vivanco, y la del agente norteamericano Sartori, apresado por sus vinculaciones con el mismo Vivanco, de donde provenía un entredicho del Ministerio de Estados Unidos con el gobierno peruano de entonces, que determinó el retiro del último.”

La prepotencia de la política exterior de los Estados Unidos había desaparecido con el advenimiento del gran presidente Abraham Lincoln (1861-65) al poder. Lincoln actuaba como el primer “buen vecino” en el vuelco de las relaciones con los países latinoamericanos, intentando poner una tónica cordial en ellas. Así, tuvo el acierto de nombrar a Squier miembro principal de la comisión mixta encargada de solucionar los problemas pendientes con el Perú. Seis meses pasó el Enviado Extraordinario realizando gestiones que culminaron con el éxito, gracias a su tino y ponderación.

En seguida, Squier se consagró a explorar casi dos de los tres años que estuvo en el Perú. “Durante este tiempo — anotó— es posible que ya haya recorrido más territorio que ninguno de mis predecesores en la misma actividad. Llevaba conmigo la cinta de medir, el compás, el lápiz y la cámara fotográfica, conociendo que sólo los planos cuidadosos, con secciones, elevaciones, dibujos y vistas, pueden llenar adecuadamente las rigurosas demandas de la ciencia moderna.” Su cámara era de reciente

factura, de gran volumen y compleja manipulación. Varias de sus fotografías las publicó, al poco tiempo, en la revista *Harper's* de Nueva York, adonde Squier enviaba sus correspondencias. Doce años después aparecería una impresionante perspectiva del puente colgante sobre el río Apurímac, construido en el reinado del emperador quechua Inca Roca.

Núñez informa que esa construcción se remontaba a dos siglos antes de la irrupción de los conquistadores y que se conservó unos veinte años después que lo vio y dibujó Squier. Antes que éste, lo habían descrito algunos cronistas españoles y, en el siglo XIX, el marino norteamericano Lardner Gibbon y el viajero inglés Sir Clements R. Markham. Todos lo midieron de forma caprichosa e inexacta. Squier, con toda exactitud, demostró su proporción armónica de 45 metros de largo y una suspensión de 36 metros sobre el río. Su destreza de dibujante atrajo, cincuenta años más tarde, al hombre de ciencia Hiram Bingham, descubridor de las imponentes ruinas de Macchu Picchu.

Tras su memorable periplo por el territorio más remoto del Perú y parte de Bolivia, Squier ya estaba de nuevo en Lima a finales de 1865. Allí permaneció el tiempo necesario para ordenar sus papeles y objetos arqueológicos —entre ellos algunos cráneos trepanados— y retornar a los Estados Unidos. En Nueva York comenzó a preparar su célebre libro de viajes en el país de los Incas, *Incidents of Travel and Explorations in the Land of the Incas* (1877). Páginas de esta obra había difundido en revistas de América y Europa. El ambiente tropical de Centroamérica, (Nicaragua, Honduras y El Salvador), más su reciente experiencia en el legendario Perú y en el lago Titicaca, llenaban su imaginación, alentando su trabajo.

Seguía de cerca las vicisitudes de los países latinoamericanos que había visitado y evacuaba consultas sobre las condiciones sociales y económicas, geográficas y culturales para la *Smithsonian Institution*. Su ceguera recrudesció, agobiándolo en los últimos años de su vida e impidiéndole dar forma a otros proyectos. En 1868 fue nombrado Cónsul General de Honduras

en Nueva York y en 1871 electo primer presidente del Instituto Antropológico de la misma ciudad. Falleció, a los sesenta y siete años, en Nueva York, el 17 de abril de 1888.

CONCLUSIÓN

Junto al de John L. Stephens, el aporte de Squier a la arqueología de los países centroamericanos fue pionero. Y acaso sea éste de mayor dimensión al abarcar todos los ámbitos del continente: el de su propia patria, Estados Unidos; luego el de la América Central y en especial Nicaragua; y finalmente, la más significativa de las regiones dentro del poderoso imperio de los Incas en la América meridional. A este trabajo apasionado se entregó con el entusiasmo de la juventud, la energía de la madurez y la meditación de la vejez.

Entre los viajeros —estadounidenses y europeos— que recorrieron el área centroamericana, Squier era uno de los pocos arqueólogos, (el francés Brasseur de Bourbourg no pasó de ser un americanista, pero anticuario en el gran buen sentido de la palabra), y conocía muy bien las fuentes documentales en las cuales sustentaba sus contribuciones antropológicas: Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés (publicado entre 1851-55), Francisco de Herrera, Juan de Torquemada, Thomas Gage y Bartolomé de las Casas le eran familiares. De estas Crónicas partió con el fin de reconstruir la distribución de las poblaciones indígenas al momento de la conquista del occidente de Nicaragua por los españoles y en la costa caribe durante los primeros contactos de los ingleses.

Así, clasificó estas poblaciones en dos grupos: Los “semicivilizados” al oeste (chorotegas, cholultecas, nicaraos y chontales, estos últimos más próximos a “salvajes”) y los propiamente “salvajes” al este (miskitos, melchoras, woolwas, toacas, poyas, etc.). Pero su legado más valioso fue el descubrimiento de la estatuaría en la zona del Pacífico de Nicaragua.

BIBLIOGRAFÍA

- ARELLANO, JORGE EDUARDO:** *Introducción al arte precolombino de Nicaragua*. Managua, Departamento de Historia de la Cultura, Universidad Centroamericana, 1978.
- . “La colección Squier-Zapatera. Estudio de Estatuaria Prehispánica.” *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, nos. 32, 33, noviembre 1979, febrero 1980, pp. 1–136; y no. 34, marzo–abril, 1980, pp. 1–48.
- . “Ephraim George Squier.” En *Homenaje a Ephraim George Squier*. Managua, Ministerio de Relaciones Exteriores, Academia de Geografía e Historia de Nicaragua, 1998, pp. 3–6.
- GORIN, FRANK:** “Una historia de la arqueología de Nicaragua.” *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, no. 91, abril–junio, 1991. pp. 1–25.
- GUIDO, MARTÍNEZ CLEMENTE:** *Los dioses vencidos de Zapatera: mitos y realidades*. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2004.
- NÚÑEZ, ESTUARDO:** “Un diplomático sigue las huellas de los Incas. Ephraim G. Squier, Enviado Extraordinario de los Estados Unidos.” En *Nicaragua Indígena*, órgano del Instituto Indigenista Nacional, 2a. época, no. 32, enero–junio 1961, pp. 20–28.
- REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO:** “Representación diplomática de los Estados Unidos en Nicaragua a través de la historia desde la Independencia hasta nuestros días.” *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, no. 118, julio 1970, pp. 22–51.
- SQUIER, EPHRAIM GEORGE:** *Nicaragua, sus gentes y paisajes*. Traducción de Luciano Cuadra. San José, C.R., Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1970.
- STANSIFER, CHARLES L.:** “George Squier: Yanqui versátil en Centroamérica.” *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, no. 73, octubre 1966, pp. 13–20.
- . “Ephraim George Squier. Diversos aspectos de su carrera en Centroamérica.” (Traducción de Orlando Cuadra Downing). Libro del Mes. *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, no. 98, noviembre 1968, pp. 1–64.